

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

La aventura sudamericana de Boris Grigoriev

Y DESPUES... lo de después no se sabe; la vida es así, y es más así la vida del artista, cambiante, versátil, dejada o llevada por el viento de la fortuna. Boris Grigoriev tenía nombre en París y nombre en Nueva York, un departamento también en París, que hubo de arrendar por tres años, y su «Borisella» en Cannes, que también arrendó; tenía ofrecimientos de un próximo contrato para los Estados Unidos; su firma al pie de otro contrato, y éste con el Gobierno de Chile, dispersó temporalmente todo aquéllo. Así van los rusos por el mundo; juega con sus destinos, como un viento, el capricho, y son aerolitos, fragmentos de planeta descuartizado que caen de pronto en los antípodas.

Grigoriev traía a Chile su luz, su inquietud renovadora, su atracción de niño gigante para congregar a la juventud. Y la congregó, y la hizo estremecerse, y la tenía fanatizada con su dinamismo pictórico, que arrastraba dentro de sí la solidez de Holbein y de los viejos maestros sajones, la ingenuidad mística de los primitivos rusos y la cerebral simplificación de los pintores del día.

Alto, algo desgarrado, con un crespo mechón rubio balanceándose sobre la frente, sentó sus reales al pie del San Cristóbal y no conoció otro camino que el que iba de su casa a la Escuela de Bellas Artes y el que volvía de la Escuela a su casa, seguramente el mismo. «Jamás olvidaré el Cristóbal, ni cada pedazo de su faldeo», ha dicho en carta reciente desde Montevideo.

Se había ocultado del mundo, del viejo mundo europeo, tras un telón de montañas, y durante tres años, los tres años de su contrato solemne con la República de Chile, no se oíría allá ni

su nombre; un nombre ruso más que se perdería misteriosamente como antes se perdían dentro de Rusia misma, en algún rincón siberiano, tantos nombres rusos, y como ahora, sin patria que los acoja ni los reclame ni representación diplomática o consular que los proteja, se pierden tantos más.

Encontró en Chile un buen material humano su enseñanza; había talento natural, había ambición artística, había intensa curiosidad por el culto del color, el contraste violento de los colores que Grigoriev enseñaba, por sus audaces y simples superposiciones de planos coloreados.

Se le comprendió, y no se intentó sintetizar la complejidad rusa que desbordaba en sus gestos y en sus frases inesperadas; se le miró simplemente como al apóstol cuya cátedra imprimía a la juventud chilena rumbos y fuerzas que un día habrían de darle la primacía artística de Sud-América por una obra pictórica revolucionaria contra el siglo diecinueve pero hija respetuosa de los grandes siglos anteriores.

Desgraciadamente, sólo una época de renovación nacional podía traer a Chile a un hombre de las dotes geniales de Grigoriev, y sólo los fáciles procedimientos de las épocas de renovación podían permitir que la obra recién iniciada terminara de la noche a la mañana. Una inquietud juvenil movió a algunos a convencer a los hombres dirigentes de que el progreso pictórico del país se obtendría más eficazmente con el viaje a Europa de unos cuantos alumnos que con la traída de Europa de un maestro que les enseñara a ellos y a los demás, y el contrato de tres años tuvo vida de seis meses. El porvenir dirá del acierto de la reforma y lo que represente en el arte nacional la producción de los alumnos de la Escuela que partieron en comisión a Europa.

Con Grigoriev habían venido sus cuadros, sus bretonas, sus naturalezas muertas, su Gorki y su hija de Gorki, sus pescadores y sus tipos de la Rusia rural; si la enseñanza de Grigoriev se interrumpía, habrían podido quedar sus cuadros, pero este Chile no es país de millonarios, y la obra de Grigoriev traspuso con él la Cordillera, tan intacta casi como había llegado.

Se había cerrado el capítulo chileno de la vida sorpresiva de Boris Grigoriev, pero estaba escrito que él fuera sólo el primero de una más extensa aventura sudamericana. Porque después . . . , lo de después no se sabe; la vida es así, y es más así la vida del artista, dejada o llevada por el viento de la fortuna.

La aventura se seguiría en Buenos Aires; allí se le esperaba en la estación con el anuncio de galerías abiertas para sus ex-

posiciones, con un diario ruso que le conocía, con una revista rusa, con artistas rusos. «Me siento aquí muy cerca de Europa y muy, muy lejos del hermoso Chile con sus montañas exóticas y su clima delicioso», decía en carta a un amigo de Santiago. Ni recordaba ya los propósitos de venganza que, en carta de Puerto Varas, le exponía al mismo amigo a raíz de saber su imprevista eliminación de la Escuela de Bellas Artes de Chile.

Un día, viajando en el ferrocarril subterráneo de Buenos Aires en compañía de su mujer, vió en el carro repleto de pasajeros el mismo diario de la tarde en muchas manos, y en la primera página que todos leían, el nombre en letras grandes de Boris Grigoriev, y sus bretonas y sus tipos rusos que llenaban la página.

Días más tarde, los cuadros empezaron a dispersarse: ministros, periodistas, hombres de gusto y de fortuna fueron quedándose con las telas, y una verdadera disputa se inició por la posesión del enérgico Máximo Gorki, el de puño amenazante para golpear sus doctrinas sociales. Fueron la gloria y el provecho juntos, fué la conquista del lejano y riquísimo mercado argentino, codiciado por la brega artística de Europa.

Catorce telas quedaron en los primeros días en galerías particulares de Buenos Aires. «Todo marcha bien. Viva la América del Sur y viva el iniciador Isamitt que me invitó», escribía después. Y Buenos Aires engendró a Montevideo en la carrera del artista; se le llamó del Uruguay, lo solicitó el Gobierno, le ofrecieron salas para sus exposiciones, y el reguero del éxito atravesó las anchas aguas del Plata.

Así, de capítulos amargos y de capítulos gloriosos se compuso el libro sudamericano de la vida de Boris Grigoriev, pero sin el primer capítulo, ninguno de los otros se hubiera escrito, y en el total la aventura es la aventura del conquistador.—DI L E T T A N T E.

El teatro y el cine

UN FILM que acaba de ser presentado a un reducido número de personas, y otro que ha empezado a circular triunfalmente por el mundo, confirman, según ciertos críticos, la victoria de la vieja pantomima imprecisa y evocadora sobre el drama, convertido en ciencia por el *métier*. Los que así razonan entienden que el teatro pa-